

»Italia está grandemente obligada á la Iglesia y á los Sumos Pontífices por haber extendido entre todas las gentes su gloria; por no haber sucumbido á los repetidos asaltos de los bárbaros; por haber rechazado invicta los múltiples ataques de los musulmanes, y por haber conservado durante largo tiempo justa y legítima libertad, y enriquecido sus ciudades con tantos monumentos inmortales de artes y ciencias.

»No es la última, entre las glorias de los Romanos Pontífices, la de haber mantenido unidas con una fe y una religión las provincias italianas, diversas en índole y costumbres, y haberlas así librado de la mas funesta de las discordias. En los mayores conflictos, muchas veces la cosa pública hubiera caído en extrema ruina, si para salvarla no hubiera estado el Pontificado Romano.

»Para que no valga menos en el porvenir, conviene que la voluntad de los hombres no ponga obstáculo á su virtud ni disminuya su libertad, cuando la verdad es que la fuerza benéfica que se encuentra en las instituciones católicas es inmutable y perenne, porque procede de su misma naturaleza. Así como no hay intervalo de lugares y de tiempos á que no se extienda la Religión católica para la salvación de las almas, así ella igualmente en las cosas civiles, en todas partes y siempre, difunde ampliamente sus tesoros para beneficio de los hombres.

»Perdidos tan grandes bienes, sobrevendrán males extremos, puesto que aquellos que abrigan odio á la sabiduría cristiana, aunque digan lo contrario, llevan la sociedad á la ruina; pues nada hay peor que sus doctrinas para excitar ferozmente los ánimos y despertar las mas perniciosas pasiones. En el orden especulativo desechan la luz celestial de la fe, apagada la cual, el alma humana, fácilmente tornando al error, no discierne la verdad, y con triste facilidad, cae al fin en un abyecto y torpe materialismo. En el orden práctico desprecian la regla eterna é inmutable, y no reconocen á Dios como supremo legislador; y quitados estos fundamentos, la consecuencia es que, por falta de eficaz sanción, toda regla de vida dependa de la voluntad y del arbitrio de los hombres.

»En el orden social, de la desmedida libertad que quieren y que van ensalzando, nace la licencia; á la licencia sigue el desor-

den, que es el mas grande y homicida enemigo de la sociedad civil. Seguramente que una nacion no presenta nunca espectáculo mas deforme, ni su fortuna ha caído mas bajo que cuando han podido, aunque por poco tiempo, prevalecer tales doctrinas y semejantes hombres. Y si no existiesen ejemplos recientes, increíble parecería que los hombres, por ignorancia y descuido de los propósitos, hayan podido consumir tantos excesos, y conservando para escarnio el nombre de libertad, anden sobre estragos é incendios.

»Si Italia no ha sido aun castigada con tan grandes excesos, débese principalmente á singular beneficio de Dios; y además, hay que tener por seguro, que habiendo los italianos, en su mayor parte, permanecido constantemente adictos á la Religión católica, ésta ha sido la causa de que la licencia de las impías máximas que hemos recordado, no lograra el triunfo. Además, si estos baluartes que la Religión levanta fueran destruidos, de repente caerían sobre Italia las mismas calamidades con que en un tiempo fueron heridas grandes y florecientes naciones.

»Es fuerza que los mismos principios produzcan iguales efectos; y siendo la semilla igualmente funesta, no puede dejar de producir análogos frutos. El pueblo italiano, abandonando la Religión católica, debería quizá temer mayor castigo, porque á la enormidad de la apostasía, pondría el colmo la enormidad de la ingratitude. Puesto que no del acaso ó de la movible voluntad de los hombres recibió Italia el privilegio de haber sido desde el principio hecha participante de la salvación traída por Jesucristo, de poseer en su seno la Sede de Pedro, y de haber gozado por largos siglos de los inmensos y divinos beneficios que se derivan del Catolicismo. Por lo cual debería temer grandemente para sí aquello que el Apóstol Pablo anunció con palabras amenazadoras á los pueblos ingratos:

*»La tierra que bebe el agua que frecuentemente le cae en el seno, y útiles plantas produce, cultivándola, recibe las bendiciones de Dios; mas si la deja producir hierba y espinas, está reprobada y cercana á la maldicion y destinada al fuego.*

»Dios aleje tan horribles males, y piense cada uno en cómo han venido los peligros que ya sufrimos y los que amenazan por obra de aquellos que, cooperando, no á un bien común, sino á la



ventaja de las sectas, combaten con odio mortal á la Iglesia.

»Los cuales, si procedieran con acuerdo, si estuviesen animados de verdadero amor a la patria no desconfiarían seguramente de la Iglesia, ni con injustas sospechas tratarían de mermar su libertad natural; y, por el contrario, sus propósitos, que ahora se dirigen á hacerle la guerra, se convertirían en defenderla y ayudarla, procurando sobre todo devolver la posesión de sus derechos al Romano Pontífice, puesto que la hostilidad contra la Sede Apostólica, cuanto mas perjudica á la Iglesia, menos conviene á la prosperidad de Italia; respecto de lo cual en otro lugar Nos expusimos nuestro pensamiento.

»Proclamad que la situación de Italia no podrá nunca prosperar ni gozar de estable tranquilidad, hasta que no se haya atendido, como todas las razones lo demandan, á la dignidad de la Sede Romana y á la libertad del Sumo Pontífice.»

»Por lo que, no deseando otra cosa mas que la incolumidad de los intereses religiosos, y estando conturbados por el grave riesgo que corren los pueblos italianos, con mas vivo calor que nunca os exhortamos, Venerables Hermanos, á poner en obra con Nos vuestro celo y vuestra caridad, á fin de reparar tanta desgracia.

»Por aquí adivinaréis la suma urgencia de hacer comprender á los pueblos el bien grande de poseer la fé católica, y la necesidad de custodiársela celosamente. Y como los enemigos del Cristianismo para engañar con mas facilidad á los incautos, á menudo hacen descaradamente una cosa mientras piensan otra, ocultando realmente el objeto de sus esfuerzos, conviene mucho se ponga esto en descubrimiento y se despierte en los católicos el ímpetu valeroso de defender públicamente á la Iglesia y al Romano Pontífice, es decir, su propia salvación.

»Hasta hoy, la virtud de muchos que hubieran podido hacer grandes cosas, se ha mostrado menos celosa para obrar y menos animosa para luchar; sea que el ánimo no conociera los efectos de las nuevas cosas, sea que no abarcare lo bastante la gravedad de los peligros. Pero conocidas ya las necesidades por las pruebas nada seria mas dañoso que tolerar negligentemente la profunda perfidia de los malvados, dejándoles libre el campo para infestar mas y como mejor les plazca la Iglesia.

»Aquellos, en verdad, mas prudentes que los hijos de la luz, á muchas cosas se han atrevido: inferiores en número, pero fuertes por su malicia y sus medios, en poco tiempo han llenado de males nuestra región; y por tanto, cuantos aman nuestra Religión católica, entiendan ya que es tiempo de intentar alguna cosa sin abandonarse de ningun modo á la indolencia y á la inercia, entendiéndose tambien que tanto mas pronto cae uno en la opresión cuanto mas se abandona á una necia seguridad.

»Recordemos como nada pudo amedrentar la noble y activa virtud de nuestros antecesores, por cuyas fatigas y cuya sangre creció la fé católica.

»En tanto, vosotros, Venerables Hermanos, cuidadosos y atentos, estimulad á los tibios con vuestro ejemplo y autoridad, excitad á todos á cumplir con energía y constancia los deberes en que se ejercita la vida activa de los cristianos, á mantener y acrecentar este renovado vigor, á usar de todos los medios y cuidados para que se multipliquen y prosperen en todas partes por el trabajo, por el número y la concordia, aquellas sociedades que tienen por principal objeto el conservar y enaltecer los actos de la fé cristiana y de la virtud.

»Tales son la *Sociedad de los jóvenes y de los artistas* ó aquellas que se constituyeron, ya para reunir en tiempos dados congresos católicos, ya para socorro de las miserias humanas, ya para procurar la observancia de las fiestas, ya para educar á los hijos de las clases ínfimas, ya para otros bienes del mismo género.

»Asimismo importa con supremo interés á la sociedad cristiana que el Sumo Pontífice sea y aparezca libre de todo peligro, molestia y dificultad en el gobierno de la Iglesia, haciendo cuanto, segun las leyes, sea posible en ventaja del Pontífice, sin darse reposo, hasta que en Nos en realidad, y no en apariencia, se reconozca aquella libertad, en la cual, por cierto necesario lazo, estan unidos, no solo el bien de la Iglesia, sino ademas la marcha próspera de Italia y la tranquilidad de los cristianos.

»Otro de los medios para lograr esto es difundir ampliamente la buena prensa. Aquellos que con mortal odio combaten á la Iglesia se sirven de los escritos públicos, adoptándolos como arma mortífera; y de aquí la pestífera lluvia de libros, de aquí el dilu-



vio de periódicos sediciosos y funestos, cuyos furiosos asaltos ni las leyes refrenan, ni el pudor contiene.

»Sostienen, en efecto, como un beneficio todo aquello que en estos últimos años se ha hecho por via de sedicion y de tumulto, ocultando y falsificando la verdad, reuniendo diariamente las mas brutales contumelias y calumnias contra la Iglesia y su supremo Jerarca, y difundiendo por donde quiera con empeño las doctrinas absurdas y pestilenciales. Débese, por tanto, levantar fuerte muralla que contenga esta avalancha del mal, que cada día invade mas terreno, y lo primero para ello, conviene con toda severidad y rigor inducir al pueblo á que se ponga en guardia cuanto es posible, para que en punto á lecturas use del mas escrupuloso discernimiento.

»Además, se deben contraponer escritos á escritos, á fin de que los mismos medios que tanto tienden á la ruina, se conviertan en salud y beneficio de las gentes, y de allí de donde procede el veneno, salga tambien la triaca. Por lo cual, es de desear que, al menos en todas las provincias, se establezcan periódicos, en cuanto sea posible, cuotidianos, que inculquen al pueblo cuales y cuan grandes son los deberes de cada uno hacia la Iglesia.

»Pónganse, sobre todo, á la vista los óptimos beneficios en todos los países regidos por la Religión católica, y hágase comprender como la virtud de la misma redundada siempre en sumo bien de la cosa pública y privada, mostrando cuan importante es que la Iglesia, en la sociedad, sea pronto elevada á aquel grado de dignidad, igualmente requerido por su grandeza divina y por la pública utilidad de las gentes.

»Para lo cual es necesario que aquellos que se dediquen á la profesión de escritores procuren tener un pensamiento y una misma forma, la que sea mas á propósito para proceder con juicio seguro, y obtener el objeto: graves y templados en el decir, reprendiendo los errores y las faltas, pero de modo que la reprensión no arguya acerbidad y guarde respeto á las personas, hablando con claro y sencillo lenguaje que pueda comprenderse sencillamente por la multitud.

»Todos aquellos, pues, que deseen realmente y de corazón que las cosas, lo mismo sagradas que civiles, sean por valerosos escri-

tores eficazmente difundidas y prosperadas, tratan de favorecer con su propia liberalidad los frutos de las letras y del ingenio; para que cuanto mas se comprenda que ese es el deber, tanto mas con las facultades y los bienes se acuda á sostenerla.

»Débese, por tanto, de todos modos, y por todos modos, acudir en auxilio de tales escritores, pues que de otra manera el proposito tendrá poco éxito, ó el éxito será inseguro y tenue.

»Que si en todo eso se debe correr cualquier riesgo, fórmese la resolución de afrontarlo, porque no hay para el cristiano causa más justa para arrostrar molestias y fatigas que esta de no soportar los daños de los impios á la Religión, porque, ciertamente, la Iglesia no ha educado ni puesto á sus hijos en condiciones de que cuando el tiempo y la necesidad lo reclamen, no deba esperar de ellos ayuda ninguna, puesto que todos deben anteponer á su tranquilidad propia y á sus intereses privados la salvación de las almas y la incolumidad de los intereses religiosos.

»Conspicuo objeto tambien de vuestro asiduos cuidados y pensamiento debe ser, Venerables Hermanos, el formar como conviene idóneos ministros de Dios. Porque si es propio de los Obispos el poner todas sus obras y celo para educar en el deber á la juventud entera, es justo tambien que cultiven con mayor diligencia á los levitas que encierran una esperanza para la Iglesia, y que deben un dia ser partícipes y dispensadores de los sagrados misterios.

»Razones graves y comunes á todos los tiempos exigen, de otra parte, en los Sacerdotes, gran suma de extraordinarias cualidades, pero todavia en nuestro tiempo se exigen aun mayores. En primer lugar, la defensa de la fé católica, á la cual en primer término debe con sumo estudio dedicarse el Sacerdocio, y que tan necesaria es en nuestros tiempos, exige un fondo de lectura no vulgar in mediocre, sino profunda y varia, y que abraza, no solo la Sagrada Disciplina, sino tambien la Filosofía, enriqueciéndose con conocimientos de Física y de Historia.

»Porque deben extirparse los multiplicados errores con que se trata de subvertir todos los fundamentos de la sagrada revelacion, y conviene luchar frecuentemente con adversarios que disponen de armas variadas, pertinaces en sus opiniones, los cuales sacan



partido de todo género de estudios. Del mismo modo, siendo hoy día grande y general la corrupción de las costumbres, se exige sea singularísima en los Sacerdotes la excelencia de la virtud y de la constancia, como que no les es posible eludir el conversar con los hombres, cuando por el mismo oficio de su ministerio están obligados á tratar de cerca al pueblo, y esto en medio de las ciudades, donde ya no existe ninguna pasión malvada que no ande completamente suelta y libre.

»De donde se sigue el deber de que en estos tiempos sea tan fuerte la virtud en el Clero, que pueda por sí misma firmemente defenderse, permaneciendo superior á todos los estímulos del vicio, y saliendo salva del peligro de los ejemplos de iniquidad.

Además de esto, las leyes sancionadas en daño de la Iglesia llamarán necesariamente la solicitud de los Clérigos, de donde procede que aquellos que por la gracia de Dios sean iniciados en las Ordenes sagradas redoblen sus obras, y con singular diligencia y espíritu de abnegación compensen los numerosos peligros: lo cual ciertamente no podremos lograr sin un ánimo constantemente mortificado, libre de todo temor, ardoroso para la caridad y siempre voluntariamente dispuesto á sobreponerse á todas las fatigas por la salvación eterna de los hombres.

»Pero para estos oficios es de necesidad disponerse con larga y diligente preparación, que no se puede de ligero lanzarse á semejante intento. Y sin duda se llenarán tanto más útil y santamente los deberes del mismo Sacerdocio, cuanto mejor se hayan preparado desde la adolescencia, habiendo sacado tanto mayor fruto de la educación, cuanto las virtudes señaladas aparezcan, más que como formadas, como nativas.

»Por tanto, Venerables Hermanos, los Seminarios exigen justamente la mayor y mejor parte de vuestra solicitud, vigilancia y prudencia. En lo que concierne á la virtud y á las costumbres, harto bien conocéis en vuestra sabiduría qué preceptos y enseñanzas deben formar la riqueza de los jóvenes levitas. Nuestra Encíclica *Aeterni Patris* da la norma para un óptimo reglamento de estudios dentro de la más cuidadosa disciplina; empero, como en tan continuo progresar de los ingenios se han encontrado cosas que no está bien sean ignoradas, tanto más cuanto los hombres impíos

que de día en día progresan en este género, tienen el designio de convertirlo en nuevo dardo contra la verdad revelada por Dios, haced, Venerables Hermanos, cuanto esté de vuestra parte á fin de que la juventud, elevada al Santuario, no solo tenga un rico tesoro de ciencias naturales, sino que también esté óptimamente amaestrada en aquella disciplina relacionada con los estudios críticos y exegéticos de la Sagrada Biblia.

»Bien sabemos que para la perfección de los buenos estudios se exigen muchas cosas imposibles ó difíciles de procurarse para los Seminarios de Italia, merced á improbidas leyes.

»Así que también en esto los tiempos exigen que los italianos se esfuercen en merecer bien de la Religión católica por su generosa munificencia. Ciertamente es que la pia y benéfica voluntad de los antepasados había provisto plenamente á estas necesidades, y la Iglesia con esa ayuda y su parsimonia no necesitaba recomendar el cuidado y conservación de las cosas sagradas á la caridad de sus hijos.

»Pero aquel su Patrimonio legítimo, á la vez que sacrosanto, que las turbulencias de otra edad habían respetado, ha sido destruido por las de nuestro tiempo, y de aquí que para aquellos que aman al Catolicismo ha vuelto el caso de renovar la liberalidad de sus abuelos. Así por nobles y luminosos ejemplos de munificencia en condiciones no muy desemejantes, se han dado en Francia, Bélgica y otras partes, ejemplos dignísimos, no solo de la admiración de los contemporáneos, sino de los venideros. Y Nos no dudamos que en la Italia actual, en vista del estado de la cosa pública, hagan lo posible por mostrarse dignos de sus antepasados, y quieran mostrarse dignos del ejemplo de sus hermanos.

»En esto, pues, que dejamos mencionado, fundamos no pequeña esperanza de consuelo y de protección; mas como quiera que en todos los acuerdos que se toman, sobre todo en los que van encaminados al bien y salud públicos, es de todo punto necesario para el debido acierto recurrir al auxilio divino, en cuya mano se hallan las vicisitudes y fortuna de las naciones, no menos que las voluntades de todos los hombres; de ahí el que, cual nunca, debamos invocar á Dios con las más ardientes plegarias y las más fervorosas oraciones, para que enriquezca y colme á Italia con múltiples be-